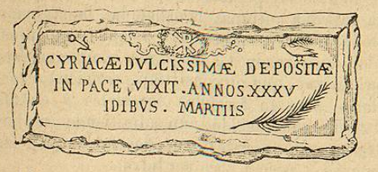
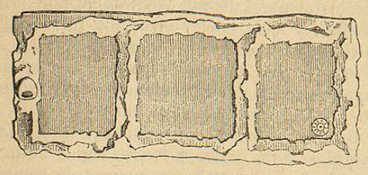
gos abiertos en las paredes de las galerías y de las criptas, cerradas por tableros de mármol como en el grabado adjunto, en el que, para dar un ejemplo de una lápida completa de sepultura, se han reunido con el epitafio cuatro de los símbolos cristianos más usados, el monograma de Cristo, el ancla, la paloma y la palma.

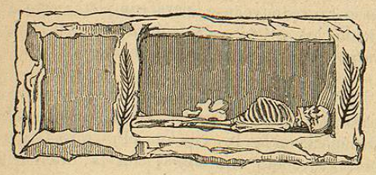


Algunas veces el *loculus* está cerrado con ladrillos, ordinariamente en número de tres, unidos exactamente con cal, á fin de que no pudiera salir al exterior el olor de los cuerpos corrompidos (véase Boldetti, pág. 213).

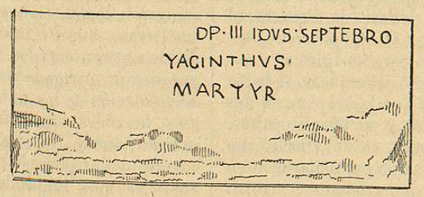


La figura ofrece, además, fijado en una de sus extremidades, un vaso conocido con el nombre de vaso de la sangre (véase el artículo *Sangre de los mártires*).

He aquí otro *loculus* del que han sido quitados dos ladrillos, dejando ver el cadáver, lo cual permite darse exacta cuenta de este género de sepultura.



Agreguemos á estos monumentos la piedra del sepulcro histórico de San Jacinto, publicada por el P. Marchi (tav. XLIII).



Estas lápidas de diferentes géneros se designan algunas veces en las inscripciones con el nombre de *tabulæ* (véase Buonarr. *Vetri Prefaz.*, XX, XXIV). El P. Marchi observa que esta forma de sepultura, modelada en la tumba del Salvador, es exclusivamente cristiana, y se deriva de la fe en la resurrección de los cuerpos (pág. 59).

En el cementerio de Ciriaco se han encontrado *loculi* en número de veinte, que, en vez de presentar su fachada toda entera paralela á la vía, están abiertas en la profundidad de la roca, de tal modo, que la cabeza se dirige hacia el fondo, y únicamente los pies se presentan en la abertura (ídem, tav. XIV). Se conciben las dificultades que debieron encontrar los *fossores* para ejecutar estas repisas, y esto es lo que explica por qué son mucho más espaciosas que las otras. Sin embargo, una cripta cristiana de Alejandría de Egipto presenta una serie de *loculi* abiertos con mucha regularidad de este modo (Wescher. *Noticia sobre una tumba cristiana en Alejandría*); este género de sepultura era muy usado en Egipto y Palestina.

En la lengua arqueológica las tumbas que nos ocupan se llaman *loculi*, y no nos parece en manera alguna dudoso que este nombre tenga un origen bíblico, aunque en los libros santos, al menos en la Vulgata, se aplique especialmente al ataúd, como, por ejemplo, respecto al Antiguo Testamento, á la caja donde fué encerrada la momia de José: *Repositus est in* LOCVLO *in Ægypto* (*Genes.*, L, 25), y en cuanto al Nuevo al ataúd del hijo de la viuda de Naim: *Tetigit.*, LOCVLVM (*Jesus*) (Luc., VII, 14). Sin embargo, los mármoles dicen invariablemente LOCVS, y esta fórmula es seguramente una de las más antiguas, como de las más simples que presentan los cementerios cristianos: LOCVS BENENATI.—LOCVS JOVINI (Boldetti, 53).—LOCVS PETRI SUBDIACONI (Reines., *Class.* XX, 57), y en griego: ΤΟΠΟϹ ΑΝΑΠΑΥϹΑΙΟϹ (Bosio, l. III, c. 61).

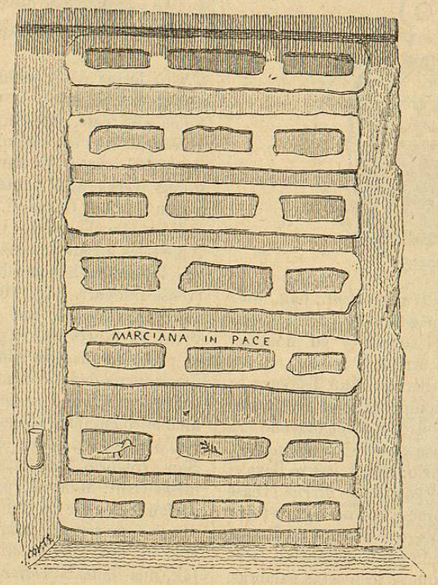
Muy común en Italia, es más rara en la Galia (Le Blant, I, 116); Lión facilita un ejemplo (De Boissieu, 597, LIX): IN HOC LOCO REQVI || ESCET IN PACE BONE || MOMERIE (*memoriæ*) PRELECTA. Con frecuencia el término LOCVS está sobrentendido, así como lo hace suponer naturalmente el nombre del difunto en genitivo: PRISCIANI,—PROIECTI (Mai. *Collect. Vatic.*, t. V, pág. 399),—VICTORIS (*Act. S. V.*, pág. 91).

Las tumbas que encerraban dos, tres ó cuatro cuerpos, se distinguen por las palabras mitad griegas, mitad latinas, BISOMVS (Reines, XX, 40), TRISOMVS (Bosio, 216), QUADRISOMVS (Fabretti, 552). Así, por ejemplo: HIC EST LOCVS QVEM SE VIVA || GENTIA BISOMV COMPAPAVIT (Boldetti, 53), «aquí está el sitio que Gencia ha comprado en vida para una tumba bisoma.» Pero QVADRISOMVS es el término colectivo más extenso que suministran los mármoles para caracterizar un sepulcro con varios cadáveres. Sin embargo, se han encontrado en

un LOCVLVS ocho y hasta quince cuerpos, en ciertos lugares donde la naturaleza de la roca ofrecía bastante consistencia para permitir, sin peligro de hundimiento, la excavación de una cavidad tan profunda (véase Marchi, 117), aunque se encontraban raras veces estas favorables condiciones.

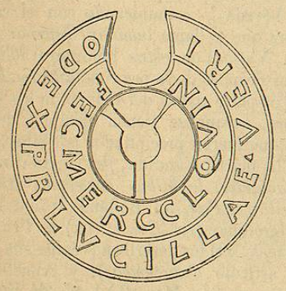
La palabra *poliandro* ha sido adoptada por los anticuarios modernos para designar una sepultura colectiva (véase Marchi. *Archet.*, página 118) que pasaba del número cuatro.

Había ordinariamente tres, cuatro y hasta doce filas de *loculi* superpuestos. Este dibujo está tomado del P. Marchi (tav. XV). Para distribuir los sitios, se tenía cuidado de separar las diferentes edades, y es curioso ver, en un espacio muy reducido del cementerio de Ciriaco (Marchi, tav. XV), tres zonas paralelas de nichos, para los grandes, los medianos y los pequeños cuerpos. Sin embargo, los *loculi* de la época más antigua eran mucho más altos y más espaciosos, porque entonces la multiplicidad de las sepulturas no había hecho todavía una necesidad la economía del espacio (véase De'Rossi. *Bullet*, 1865, pág. 39). Por una extravagancia difícil de explicar, se hallan á veces *loculi* tallados en línea curva, de suerte que han debido doblarse los cadáveres para hacerlos entrar allí (ídem, tav. XVIII).



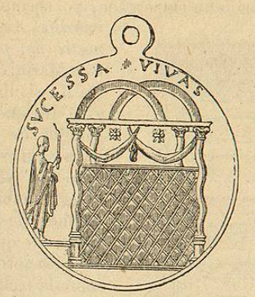
En ciertos lugares se ven *loculi* trazados en totalidad, pero que no fueron nunca excavados (ídem, pág. 164 y tav XXVIII). Se tienen algunos ejemplos de *loculi* practicados, no en las paredes, sino debajo del pavimento de las catacumbas (ídem, tav. XXI, XXVI, etc.). Lo mismo sucede en los antiguos cementerios cristianos de Chiusi, en Toscana (Cavedoni. *Cimit. Chiusi.*, página 20).

En Roma, los ladrillos que servían para cerrar los *loculi* estaban sacados de las numerosas oficinas que se encontraban en la campiña vecina. Con más frecuencia llevan la marca del alfarero y del propietario de la fábrica, el cual es á menudo un emperador, por ejemplo — *ex* PRÆDIIS *Augusti — nostri fig. publicianas.* Marini cree (Cf. De'Rossi, ibíd., página 40) que el emperador de que se trata aquí es Marco Aurelio; algunas veces también los nombres de los cónsules, lo que daba una idea aproximada sobre la fecha de la tumba, cuando estos ladrillos son numerosos y uniformes. Puede verse en Boldetti (pág. 528 sig.) y en Fabretti (t. VIII) un gran número de estos ladrillos escritos. Véase el grabado del sello de uno de estos pequeños monumentos, que ofrece la circunstancia particular é interesante de haber sido fabricado en las propiedades de Lucila, mujer de Lucio Vero é hija de Marco Aurelio (Boldetti, página 530): O — *pus Doliare* EX PRÆDIIS LUCILLÆ. VERI. (Para completar este artículo, véanse las palabras *Sepulturas,—Enterramientos,—Cementerios,—Fossores,—Sarcófagos,—Cupella,*—y sobre todo *Catacumbas*, VI, 2.°).



LORENZO (San).—En las disertaciones del P. Lupi tenemos (*Dissert. e lett.*, t. I, páginas 192-197) dos monumentos antiguos que representan el martirio de San Lorenzo. El primero es un camafeo donde se ve al santo diácono tendido sobre la parrilla; dos verdugos atizan el fuego debajo, un tercero trae leña para alimentarlo. El segundo objeto es un medallón de plomo. El mártir esta representado en el momento en que, vuelto sobre la parrilla por un satélite, entrega su alma á Dios: esta alma se halla figurada bajo el emblema de una mujer que se levanta, con las manos juntas por encima del cuerpo, y recibe sobre su cabeza una corona que le pone un brazo aislado, el cual es

la personificación de Dios Padre (véase el artículo *Dios*). El emperador está presente, sentado en una silla curul, con la cabeza laureada, llevando un cetro en una mano, y haciendo con la otra un signo de mando. Un segundo satélite se mantiene de pie cerca de él. Hemos dado esta medalla en nuestro artículo *Alma*. Tiene por leyenda: SVCESSA VIVAS; y Successa está representada en el reverso, ofreciéndose ella misma á Dios delante de la tumba del diácono mártir, con una antorcha en la mano. Un vaso



publicado por Arévalo (*In Prudent.*, pág. 936) lo representa también sobre la parrilla, con el vientre al lado del fuego, y su nombre, LAVRECIV, está escrito arriba.

En su cualidad de diácono, San Lorenzo se halla representado siempre con el Evangelio en la mano, porque el oficio del diácono era leer el Evangelio (véase el artículo *Evangelio*). He aquí el tipo ordinario: San Lorenzo lleva el vestido conocido con el nombre de *birrus* (véase esta palabra). En un mosáico del siglo VI que se ve en San Lorenzo *in agro Verano* de Roma, iglesia fundada y dotada por Constantino, lleva un libro abierto en el que se leen estas palabras, que expresan el celo del santo diácono por los pobres: *Dispersit, dedit pauperibus* (Ciampini. *Vet. mon.*, tab. LXVI, 2). También se le da por atributo una cruz, y con frecuencia una cruz gemada (Aringhi., II, 354), para demostrar, sin duda, que llevó la cruz de Jesucristo hasta el martirio, ó bien todavía para designar su cualidad de diácono, porque en esta cualidad estaba encargado de llevar la cruz en los oficios divinos. Probablemente por está razón se le ha dado también el mismo atributo en los antiguos mosáicos. Así, lleva la cruz y el Evangelio en el mosáico de la basílica de Gala Placidia, de Rávena (*Vet. mon.*, I, LXVII), monumento del siglo V,

y está de pie delante de la parrilla caldeada. En un fondo de vaso tiene el monograma de

Cristo detras de la cabeza, como una aureola, con el A á un lado y la ω al otro, lo que significa que éste, cuyo nombre divino se halla abreviado bajo ese signo, habitaba en el alma del santo mártir (Bottari, tav. CXCVIII). Algunas veces está sentado entre San Pedro y San Pablo (Garrucci. *Vetri*, XX, 7), para indicar que habiendo introducido estos dos Apóstoles á San Lorenzo en la ciudad celestial, le tributan honores dándole el primer puesto (véase Buonarr., pág. 104). En otro vaso está representado solo, con esta leyenda: VICTOR VIVAS IN NOMINE LAVRETI (Buonarr., XIX, 2); es probable que esta copa haya servido en alguna agapa dada con motivo de la fiesta del santo mártir, que se celebraba en Roma con mucha solemnidad (véase el grabado en el artículo *Agapa*); se ve en el sacramentario de San Gregorio, que en ella se celebraban dos misas (edit. Menard., pág. 119). Las que se decían cerca de la tumba del Santo *in agro Verano*, no tenían lugar en la misma iglesia, sino en dos iglesias diferentes y yuxtapuestas, una llamada *major*, y la otra *speciosior et nova:* esta última encerraba las reliquias del mártir (véase De'Rossi. *Bullett. archeol.* 1864, página 43).

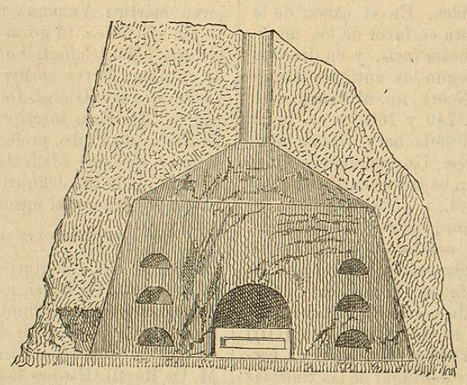
LUMINARE CRYPTÆ. — Algunas salas de las catacumbas recibían la luz del día por una abertura vertical ú oblicua practicada en la bóveda y comunicando con el campo, abertura que se llama *luminar*, *luminar de la cripta*. Varios de estos luminares han sido abiertos después de la paz constantiniana, pero la mayor parte datan del tiempo de las persecuciones, porque se tienen ejemplos de cristianos que fueron precipitados por ellos, entre otros la mártir Cándida, *per* LUMINARE CRYPTÆ *jactantes, lapidibus obruerunt* (*Act. SS. Marcellin. et Petr.*, ap. Bolland., II *jun.*, n. 10). San Jerónimo (*In Ezech.*, LX) y Prudencio (*Peristeph.*, XI) los describen (véanse sus textos en el artículo *Catacumbas*), y Anastasio el Bibliotecario (*In Marcell.*) habla de un *cubiculum clarum*, abierto todavía en su tiempo en una cripta del cementerio de Priscila, cerca del

cuerpo de San Crescencio. Las mencionan varias inscripciones, entre otras la de un EVSEBIVS que había comprado su tumba al *fossor* OCAPATVS: AD CATACVMBAS AD LVMENAREM (*sic*) (Perret, vol. I, pl. XXXIII, n. 7).

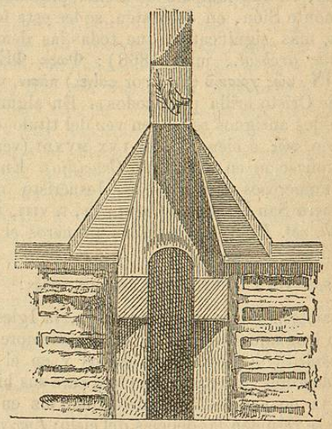
Parece que habia *grandes* y *pequeños* luminares; por lo menos hay razón para deducirlo así de la siguiente inscripción de un sepulcro bisomo colocado debajo de un luminar mayor (Marchi, pág. 165): COMPARAVI SATVRNINVS A ‖ SVSTO LOCVM VISOMVM AVRI SOLID ‖ OS DVO IN LVMINARE MAIORE QVE PO ‖ SITA EST IBI QVE FVIT CVM MARITO AN XL. «Yo, Saturnino, he comprado á Justo un lugar bisomo, en dos sueldos de oro, en (ó debajo de) el luminar mayor.....»

Los grandes luminares son quizás los que, colocados á dos ó tres metros de distancia de las bóvedas de la catacumba, se ensanchan en forma de cono vuelto del revés, de modo que puedan proyectar la luz en las dos piezas que componen una cripta, y en una parte más ó menos extensa del corredor que las separa (véase Marchi, tav. XXIX). En este último caso el luminar está algunas veces dividido en dos compartimientos, de los que cada uno alumbra separadamente una de las dos cámaras. Esto es lo que se ve en una cripta del cementerio de Calixto, donde, según M. De'Rossi, habría sido sepultado Milciades, el último de los Papas que tuvo su sepultura en este cementerio (*Rom. sott.*, t. I, cap. XVII). Hay también ejemplos de luminares subdivididos en varias partes. Así, en el cementerio de Zotico (véase Stevenson. *Cimit. di Zotico*, pág. 28) se observa un estrecho tragaluz que, ensanchándose poco á poco, acaba por dividirse en tres aberturas más pequeñas, una de las cuales es perpendicular, las otras dos oblicuas. Este luminar estaba abierto en un lugar plantado de árboles, que fué, en los siglos de la paz, rodeado de construcciones que denotan ordinariamente, como el mismo luminar, la vecindad de un lugar histórico muy frecuentado por los peregrinos.

Los pequeños luminares, de los cuales facilita un ejemplo el cementerio de Santa Elena (idem, tav. VI y VII), bajan verticalmente, en líneas paralelas, desde su abertura en el campo hasta la cámara que deben alumbrar.



La anchura de estos luminares (véase Marchi, pág. 168) es ordinariamente de un metro cuadrado. Cuando atraviesan capas de roca granítica ó litoidea, sus paredes se sostienen por sí mismas; pero si encuentran yacimientos de puzolana, de arena ó de tierra vegetal, están revestidos de un muro bastante sólido para resistir á la presión de las tierras. Los muros no terminan al nivel del suelo, sino que se elevan algo por encima, á fin de impedir los hundimientos y los aluviones. Esta precaución fué inútil en los atrasados tiempos en que los habitantes de la campiña romana, para evitar los accidentes á que los exponían estas aberturas, y á sus ganados, las llenaron de tierra y piedras. Pueden verse representados estos luminares en las láminas VIII, XIX, etc., del P. Marchi, y en el libro de M. Perret, vol. II, pl. IX, XI, LXII, etc. Damos á continuación un modelo (Marchi, XXIX).



El sistema de tumba en *arcosolium*, con luminar ó pozos de ventilacion, se encuentra en Oriente. He aquí un ejemplo, tomado de las sepulturas subterráneas antiguas de la Capadocia (Charles Texier. *Architecture byzantine*, pág. 40). Se halla exactamente conforme con los de las catacumbas.

LUZ. — Según las nociones que nos revelan las inspiradas Escrituras, el infierno es un lugar de tinieblas (*Eccli.*, XXI, 11.— Joel., II, 2.—Sophon., II, 15.—Amos., V, 18.—Matth.,

VIII, 12, etc.); el Paraíso es la luz, y esta luz es Dios mismo, la «luz eterna» (*Eccl.*, XLVI, 18. — *Sapient.*, VII, 26), Dios, que será la luz, es decir, la felicidad del justo: *Erit tibi Dominus in lucem sempiternam* (Is., LX, 19). «En esta luz, Señor, contemplaremos la luz», es decir, que tomaremos la felicidad: *In lumine tuo videbimus lumen* (*Psalm.* XXXV, 10). Los textos sagrados que expresan la misma idea son innumerables.

Jesucristo es también llamado luz por todas partes: *Erat lux vera*, — *Ego sum lux mundi* (Joan., I, 9, VIII, 12). En la inscripción griega de Autun (V, VIII), es llamado «luz de los muertos», φῶς τῶν θανόντων; en el himno á Cristo, de San Clemente de Alejandría, «luz duradera», φῶς ἀΐδιον, y en el himno V de Sinesio, «luz primitiva», φῶς παγαῖον. Y, por último, en una lámpara de arcilla procedente del monte Sión, en Jerusalén, se lee esta fórmula, más significativa que todas las demás (*Revue archéol.*, julio 1868): ΦΩϹ ΦΕΝΙ ΠΑϹΙΝ, φῶς χρισιοῦ φένι (por φαίνει) πᾶσιν, «la luz de Cristo brilla para todos». En algunos crucifijos antiguos se lee, en vez del título ordinario, φῶς, ó bien todavía LVX MVNDI (véase la explicación en el artículo *Crucifijo*). Entre los numerosos símbolos de Jesucristo que enumera San Dámaso (*Carm.*, XI, t. VIII, *Biblioth. vet. PP.*), figura de los primeros el siguiente:

Spes, Via, Vita, Salus, Ratio, Sapientia, LUMEN!

También en la oración pública, la Iglesia, cuyo lenguaje litúrgico se inspira siempre en el espíritu de los libros santos y en el de sus doctores primitivos, implora para sus hijos que ya no existen, la indefectible luz en la cual se resumen las delicias del cielo: *Lux perpetua luceat eis;* las lámparas que había costumbre de poner en el exterior, y á veces también en el interior de las tumbas cristianas, aludían á la misma idea. En el canon de la misa, la Iglesia solicita en favor de los muertos un sitio de luz, *locum lucis*, y en diversas partes de su oficio, según los antiguos sacramentarios (*Sacram. Gelas.*, ap. Muratori. *Lit. Rom. vetus.*, t. I, col. 749 y 760), «un lugar luminoso, la claridad de la luz», *locum lucidum, luminis claritatem.* Un monumento litúrgico también anterior, el sacramentario de San León (ap. Murat., ibíd., I, 453), tiene esta colecta: *Præsta, Domine, animæ famuli tui..... ut eam mortalibus nexibus expeditam* LUX ÆTERNA *possideat*, «conceded, Señor, al alma de vuestro servidor..... que, libre de las mortales trabas, sea poseída por la luz eterna». Sabemos por las actas de Santa Perpetua (VIII) que se le concedió, á sus ruegos, ver á su hermano Dinocrato salir del lugar de las tinieblas y entrar en la mansión de la luz: *Video locum illum quem videram tenebrosum, esse lucidum.* En otro pasaje de las mismas actas (XI), el Paraíso es llamado también luz inmensa, *lux immensa.*

El estilo de las inscripciones funerarias de los primeros siglos, está todo impregnado de la misma idea; pero en esta clase de monumentos las palabras *lux, lumen*, son empleadas con más frecuencia como aclamaciones ó afirmaciones de la gloria de los justos, que como oración á su favor. Conocemos pocos mármoles donde se lean en este último sentido. He aquí, sin embargo, un ejemplo bien sorprendente: es una invocación implorando para un alma la admisión en el «Paraíso de la luz»: DEVS TE DEPRECOR VT PARADISVM LVCIS POSSIT VIDERE. Es del claustro de San Ambrosio de Milán, y ha sido publicada por primera vez por M. Le Blant en su *Réponse à une lettre* de 1680 (pág. 13).

La mayor parte de los otros epitafios comprueban ó aclaman la felicidad, ó sea la luz en cuya posesión se encuentran. Y este es uno de los más brillantes caracteres que distinguen la religión de Cristo del paganismo, el cual no sabe hablar sobre las tumbas más que de las tinieblas en que duermen los que han desaparecido de entre los vivos. M. Edmond Le Blant ha reunido en una nota de su sabia obra sobre las *Inscriptions chrétiennes de la Gaule* (t. I, página 13), varios epitafios en los que se expresa esta funesta doctrina: citaremos éstos para hacer notar el contraste: THALLVSA. HOC. TVMVLO. CONDITA. LVCE. CARET, «Thalusa, encerrada en esta tumba, está privada de la luz» (Murat., 1384, 7); — HIC. IACEO. IN. TENEBRIS (Doni. cl., X, 79); — HAEC IACET IN TENEBRIS (Cf. Le Blant, *loc. laud.*), «yo estoy aquí, ó ella está aquí acostada en las tinieblas».

Por el contrario, sin preocuparse de la obscuridad momentánea en que estaba colocado su mortal despojo, los primeros cristianos no pensaban más que en celebrar la luz divina, en cuyo seno estaba su alma sumergida en la eternidad.

Así, leemos en la piedra funeraria de una joven mártir: AETERNA TIBI LVX TIMOTHEA IN ☧, «Timotea, tú gozas de la luz eterna en Cristo» (Mai. *Collect. Vatic.*, I, 450), y en la de un niño: CVIVS SPIRITVS IN LVCE DOMINI SVSCEPTVS EST (Giorgi. *De monogram. Christi.*, página 33). Esta inscripción es del año 397. El *titulus* de Probo, prefecto del pretorio en el siglo IV, dice que «disfruta de la nueva luz», es decir, de la luz definitiva, eterna, y que esta luz no es otra que el mismo Cristo:

LVCE NOVA FRVERIS LVX TIBI CHRISTVS ADEST

(Bosio, pág. 49, — Bottari, t. I, 53). Un epitafio del año 354 (De'Rossi, I, pág. 76) testifica la confianza con que el difunto Anastasio ha cambiado las *tinieblas* por la *luz:* QVI LVCEM T (*enebris mutavit amaris*) (restitución de M. De'Rossi). Esto es lo que se encuentra casi textualmente en nuestra Galia, como lo prueba esta inscripción de Vaison (Le Blant, I, 13):

A TENEBRIS. LVMEN PRÆBENS DE LVMINE VERO.

Leemos, en una bella inscripción métrica del año 363, tomada de la colección del ilustre anticuario romano (pág. 88), esta fórmula, que expresa elegantemente el mismo pensamiento:

RECEPTVS || *spl*ENDORI. CVM LVMINE. CLARO.

Y esta de 393 (pág. 180, n. 412), que representa la *luz* como la recompensa de la fe en Jesucristo:

IN CHRISTVM CREDENS PREMIA LVCIS ABET (*sic*).

«Creyente en Cristo, posee las recompensas de la *luz.*»

LL.

LLAVES DE SAN PEDRO (Las). — Hasta la Edad Media, según la opinión de algunos sabios (véase R. Rochette, *Tableau des catac.*, pág. 268), no empezó á representarse á San Pedro con este atributo. La antigüedad nos facilita numerosos ejemplos. Los más antiguos, creemos son los que figuran la entrega de las llaves, que es la traducción material de las promesas hechas por Nuestro Señor al jefe de sus Apóstoles (Matth., XXVI, 34. — Marc., XIV, 30, etc.): «Yo te daré las llaves del reino de los cielos.» San Pedro, profundamente inclinado, recibe el precioso depósito en sus manos, cubiertas, según respetuosa costumbre de la antigüedad, con su capa.

He aquí la enumeración de los únicos monumentos incontestablemente antiguos que, á nuestro juicio, reproducen esta escena. Figura en primer término un sarcófago del cementerio del Vaticano (Bottari, tav. XXI, V), cuyas esculturas son de buen estilo. En segundo lugar se encuentra un sarcófago de la cripta de San Maximino (*Monum. de Ste. Mad.*, t. I, página 771), en el que Nuestro Señor no presenta sino una sola llave á San Pedro, que está de pie, y no inclinado, según la costumbre; y en otra tumba del museo de Arlés, que lleva el número 70, M. De'Rossi ha encontrado otro ejemplo en un sarcófago del cementerio de Priscila.

El asunto está representado con los mismos detalles en un vaso cuya época cierta nos es desconocida, pero que Blanchini considera como muy antiguo (*Not. in Anast. Vit. S. Urban*, n. 18): reproducimos más arriba, según Bottari (I, 185), la parte del bajo relieve de este vaso que se relaciona con el asunto que nos ocupa. El mosáico de Santa Agata in Suburra (Ciampini. *Vet. mon.*, t. XXXVII), que es de 472, presenta á San Pedro en el momento en que acaba de recibir la llave (no hay allí más que una), que tiene todavía en su capa. Conviene observar aquí una circunstancia muy importante, como es la de tener cubierta la cabeza con una especie de tiara, en señal de preeminencia, mientras que todos los demás Apóstoles, que también figuran en el cuadro á ambos lados del Salvador, sentado sobre un globo, tienen la cabeza descubierta (véase el grabado en el artículo *San Pedro y San Pablo*). San Pedro está también representado con las llaves en la mano, en un sarcófago de Verona (Maffei. *Musæun Veron*, página 484); en el mosáico del arco mayor de la basílica de San Pablo en la vía de Ostia, mosáico del año 441 (Ciam., I, tab. LXVIII), y en el de Santa María in Cosmedino, de Rávena, monumento de 553, parece presentarlas al trono del Cordero (ídem, II, tab. XXIII). En un manuscrito griego del Vaticano, que se re-

monta al emperador Justino I, hay una imagen en pie, del Príncipe de los Apóstoles, en la que tiene, además de un volumen enrollado